

Pamela Beth Radcliff,
De la movilización a la Guerra Civil.
Historia política y social de Gijón (1900-1937),
Barcelona, Debate, 2004, 455 págs.

Profesora de la Universidad de California en San Diego, Pamela Radcliff pertenece a las últimas promociones de hispanistas anglosajones interesados por la historia de nuestro país. A diferencia de la mayoría de sus colegas, tradicionalmente afincados en los enfoques políticos y empiristas más clásicos —clasicismo del mejor, sin duda—, Radcliff se ha centrado en la historia social de la política y en la historia de las mujeres desde una perspectiva vinculada a la sociología histórica. Su libro sobre Gijón en el primer tercio del siglo xx, cuya edición inglesa es de 1996, es una muestra clara de ello. Además del interés intrínseco que despierta el objeto de estudio abordado —aquel núcleo industrial perteneciente al grupo de «ciudades rojas» españolas de la época—, posiblemente la principal aportación de este estudio radique en la aplicación de una metodología innovadora que rebasa los límites de las historias tradicionales del movimiento obrero.

La autora se fijó dos objetivos desde el marco local que eligió: indagar sobre los orígenes remotos de la Guerra Civil y arrojar nueva luz sobre la transición a la política de masas; objetivos a cubrir en la pretensión de explorar nuevas maneras de entender la formación de la identidad política en el contexto de una dinámica de polarización, concibiendo la política como el escenario donde se manifiestan las pugnas colectivas por las relaciones de poder. Lógicamente, este escenario mira más allá del ámbito institucional de la política: la fábrica, el ayuntamiento, el barrio, las calles... De forma manifiesta, lo que le interesa a nuestra hispanista —y lo que condiciona su análisis desde el principio hasta el fin— es la política «vívida y respirada por hombres y mujeres corrientes», esto es, la política desde abajo. Por ello se preocupa de explorar entramados amplios y poco usuales de la sociabilidad ciudadana, desbordando el radio social de las elites. Este estudio, por tanto, aporta una nueva interpretación de la política y de la cultura política —urbanas—, concebidas como un campo de batalla muy complejo y protagonizado por un espectro muy amplio de actores, tantos como dieron de sí las categorías populares en las que se centra esta investigación: los trabajadores, por supuesto, pero también los inquilinos, los caseros, las mujeres, los consumidores, etc., cuya presencia activa en la esfera pública se explicita expresamente en este libro. Una amplia gama de participantes, así pues, sobre los que sobrevuela la acción política más organizada, formal e institucional, representada por los partidos y las organizaciones sindicales.

Radcliff trasciende con su mirada el límite habitual de la historia social del siglo xx, la clase obrera y la lucha de clases, al descubrir —y fue una

de las primeras en hacerlo por estos pagos— que, fuera de las fronteras del mundo laboral, había otros ejes de solidaridad basados en las redes de vecindad, en las pautas sociales de cada sexo, en las redes de endeudamiento, en el ocio, en la segregación espacial o en la conciencia de inseguridad material compartida, esto es, el sentimiento de privación relativa. Naturalmente, la realidad que detecta Radcliff supera las fronteras de la clase obrera, porque lo que se encuentra es la «comunidad popular», un sujeto tan activo como heterogéneo sobre el cual, en el marco concreto de Gijón, intentaron afirmar su liderazgo y movilizarlo, desde sus particulares proyectos políticos, los republicanos, primero, y los anarcosindicalistas, después. Según esta autora, fue en ciudades como aquella donde empezó a finales del siglo XIX la movilización popular *antihegemónica* que, desafiando a la oligarquía dominante y después de diferentes avatares, terminó por hacer erupción en los años treinta, prefigurando así un enfrentamiento que al final, inevitablemente, desembocó en la Guerra Civil. La revolución que se desplegó a partir de julio de 1936 en el puerto asturiano contenía elementos muy diversos tomados del anarquismo, el socialismo, el republicanismo e incluso el comunismo, pero no recibió el impulso de una ideología concreta, sino que, en último término, traslució sobre todo «la lucha de siempre por el poder de la comunidad y el derecho de los hombres y mujeres humildes a la ciudadanía y a una vida decente».

En consecuencia, ni los republicanos ni el movimiento obrero consiguieron transformar la esfera pública a su propia imagen. Ninguna fuerza absorbió por completo la tradición de movilización popular de la ciudad. El resultado fue, por el contrario, una cultura de oposición heterogénea. La rica pauta de acción colectiva de la ciudad tuvo siempre múltiples orígenes y configuraciones, al ser hija de una tradición informal de acción directa, basada en las redes de la vida cotidiana donde participaron al unísono tanto los hombres como las mujeres. De este modo, en lugar de desaparecer con la llegada de los partidos políticos de masas y los sindicatos, el activismo comunitario directo siguió aportando una forma alternativa de movilización política en las ciudades del siglo XX: la «movilización subinstitucional e interclasista», que habría sobrevivido integrada en el repertorio de la política de masas moderna, llegando incluso hasta la actualidad, como los movimientos ciudadanos a partir de los años sesenta se habrían encargado de probar. Desde este punto de vista, en definitiva, las tensiones sociales y económicas prolongadas habrían jugado un papel muy importante, casi definitivo, en el estallido de la Guerra Civil. El origen último de esas tensiones, y por tanto de la citada guerra, se hallaría en la *crisis de hegemonía* planteada en España a raíz de 1898, auténtico punto de inflexión acarreado por la derrota ante los Estados Unidos.

Tras un capítulo introductorio sobre la ciudad de Gijón hacia 1900, el libro se estructura en cuatro partes. En la primera, se explora el medio social y económico que favoreció la formación de una comunidad popular de oposición entre las clases bajas, con su identidad diferenciada, en virtud de una sociabilidad segregada en barrios y por sexos. En la segunda, se presenta a los dos principales actores institucionales de oposición, los re-

publicanos y los anarquistas, y sus intentos por ganar el apoyo popular. Los primeros, por medio de su proyecto democrático, laico y municipalista. Los segundos, a través de una acción política muy sindicalizada. En la tercera parte, se analiza la esfera pública donde se manifestó la lucha — material, ritual, cultural y simbólica— por la hegemonía alimentada por los citados actores institucionales, entre los cuales se abrieron vasos comunicantes de forma prolongada. Por último, en la cuarta parte, se analiza la batalla en las calles y en los lugares de trabajo, en dos etapas separadas por el gozne de 1930. El resultado de este recorrido, en fin, es un libro original en su género y lleno de sugerencias analíticas, metodológicas y teóricas, excelente muestra de los pasos de gigante que ha dado la historia social de la política en los últimos quince o veinte años de la mano del diálogo con otras ciencias sociales, la sociología histórica y la antropología cultural en particular.

Ahora bien, como cualquier libro serio e innovador que se precie, éste también presenta algún perfil discutible, producto del enfoque y de los supuestos teóricos sobre los que se ha construido. A mi modo de ver, son tres los aspectos controvertidos de esta investigación. En primer lugar, el cuadro simplista que se dibuja de la España de la Restauración y de sus elites rectoras, despachadas con etiquetas como «oligarquía monárquico clerical» y «estamento monárquico-católico». Lastrada por su enfoque desde abajo, Radcliff mete en el mismo saco oligárquico a elites (liberales y católicas) que en realidad fueron antagónicas, obviando que el de la Restauración era un mundo liberal plural, y que dicho liberalismo no fue sólo patrimonio de la tradición republicana, en la medida en que se lo disputaron las dos grandes familias *dinásticas* de aquella España constitucional.

La citada objeción enlaza con la segunda: lo que me atrevería a definir como una interpretación teleológica de los orígenes de la Guerra Civil de 1936. Desde el momento en que se insiste tanto en el proceso de inevitable polarización social — fuerte sin duda en una ciudad industrial como Gijón— se niega la heterogeneidad ideológica, cultural y política que se dio también por arriba, en los círculos del poder, tanto en la Restauración como en la II República, y se plantea al mismo tiempo, efectivamente, el choque militar como inevitable. Como en su momento indicó Santos Juliá, afirmando una tesis seguida luego por muchos historiadores, más que de la polarización el fracaso de la II República como modelo de convivencia, amén de otros factores, fue hijo de la tremenda fragmentación política, ideológica y social que tuvo lugar entre 1931 y 1936. La idea de *las dos Españas* que subyace implícitamente en el planteamiento de Pamela Radcliff, últimamente muy resucitada en los medios académicos y extra-académicos, carece de sentido y no supone sino la proyección retrospectiva de la brutal simplificación política que impuso aquel conflicto armado. Como toda construcción polarizada, esta también es fácil de interiorizar y por ello resulta tan atractiva, especialmente para el gran público, pero no deberíamos olvidar que de no haberse producido el choque armado, seguramente, nuestra imagen de la España del primer tercio del siglo xx sería muy distinta, y desde luego más plural y menos teleológica.

Por último, en este libro llama poderosamente la atención la inexistencia de referencias a la coyuntura política e ideológica que se abrió en Europa, y por extensión en España, a partir de 1914. La coyuntura internacional y su repercusión en nuestro país no cuentan nada, como tampoco los debates políticos derivados de la irrupción de los dos grandes modelos totalitarios del momento —el fascismo y el bolchevismo— que pusieron en jaque a la democracia liberal. Desde las secuencias analizadas por Radcliff, parece como si la historia de España y por ende la de Gijón, completamente inmunes al contagio, hubieran transcurrido al margen de los cataclismos políticos que se sucedieron fuera de nuestras fronteras. En conclusión, creo que bien está incorporar al relato histórico las voces y la acción de la gente corriente, postergadas en la historia política más clásica, pero este enfoque no debería ser necesariamente incompatible con aquellos otros que tienen en cuenta una verdad de Perogrullo, el protagonismo (decisivo) de las elites políticas, de los individuos destacados y de las grandes ideas en la historia de la humanidad. Porque por mucha importancia política que queramos concederle a la política en la calle, en las sociedades pluralistas —caso de la Restauración y de la República— el peso decisivo de la política recae normalmente y sobre todo en las instituciones representativas (los partidos, los grupos de presión, los parlamentos...).

FERNANDO DEL REY REGUILLO